

Pero fué un momento. Luego tornaron á su conversaci3n de sonrisas y miradas, hasta que acab3 la misa y tuvieron que salir de la Iglesia.

En la puerta, Nieves par3 á su tío.

—¿Nos acompaasas? le pregunt3.

El hizo un gesto de desagrado, y luego, sonriendo á su madre, disimulando todo lo que pudo, dijo trabajosamente:

—¿No est3n ahí los papás?

—Se han ido al casino.

—¡Ah! pues entonces... voy á verles... á leer...

La madre de Agustín asintió, sin advertir la turbaci3n de su hijo; pero Nieves qued3 p3lida, agitada por un temblorcillo nervioso, mir3ndole con aquellos ojos azules, magníficos, que parecían pedir auxilio.

—Bueno... ve... iremos nosotras solas—dijo trabajosamente.

Agustín no vi3 en aquella palidez ni en la turbaci3n que la acompaaba, sino un resto de enfado por la irreverencia de antes. Se despidió de prisa, y corriendo, tropezando con los grupos que había en la plaza, se fué á casa de Irene, anhelante de oír transcritas en palabras

aquellas hermosas promesas que salieron del rinconcito de la capilla.

La habl3 con toda la efusi3n de su juventud, de aquel deseo ardiente, de aquella hambre de cariño que súbitamente le había dominado. Ella, en un extremo de la sala, apoyada en la cómoda, le oía sin mirarle, roja de vergüenza y de placer, expiando con miedo los pasos de su madre en la cercana alcoba. Con un grito espontáneo, una alegría feroz, que ella misma no supo contener, porque le ahogaba, le dijo que «sí,» le dijo que le quería; y esto animado con el brillar profundo de los ojos y el temblorcillo vacilante de las manos... Después se separaron. El estaba repleto de gozo, viendo pequeño el mundo ante su felicidad; ella satisfecha, sintiendo el poder magnífico de la pasi3n que dominaba todo su temperamento de mujer sanguínea.

## IV

Desde entonces, Agustín hizo su vida en la casa del seor Narciso, acompaando á Irene en los paseos á los barrancos, en las expediciones á las heredades, pero evitando siempre dar publicidad al lazo que los unta. Ella, con

esa legítima aspiración de la mujer que se cree amada, pedía la declaración solemne de aquel amor, no sospechando, ó no queriendo entender, de la existencia de amores ocultos, vergonzantes, que al fin son repugnados por los mismos que los contrajeron. Pero á él no le convenía aquello. Sabía muy bien que había de tropezar con enérgica oposición en su familia, con disgustos enormes; y quizás, por otro lado, veía con miedo la precisión de tomar por mujer á la que hasta entonces sólo halagaba un capricho. No... ¿estaba él seguro de que sería feliz con Irene?... Pero si la quería, si suspiraba por ella á cada momento... ¿Duraría aquello? ¿Se podrían amalgamar, compenetrar y vivir felizmente aquellos dos caracteres y aquellas dos educaciones tan distintas?... Agustín rehuía estas reflexiones por que no sabía responder á ellas ó le llevaban á un punto que no le satisfacía. Parecíale mejor entregarse de lleno al amor de aquella mujer que le ofrecía la virginidad de su corazón, y que, sintiendo en él un alma superior, mejor cultivada, la hacía partícipe de todas sus penas y alegrías, de todos sus pensamientos, como buscando en él algo que la completara y le sirviera de apoyo en la vida. Decididamente, Irene tenía algo que no era de La-Hoya.

En medio de sus arrebatos de niña mimada, de sus groserías nativas, de su falta de instrucción, de sus burlas sangrientas, soeces, de sus celos de todos, de la *sobrinita* en particular, había en Irene algo que tendía á vida superior y más perfecta. Agustín, sin embargo, no cuidó de desarrollar esa aspiración; gustábase más bajarse hasta ella, hablar el lenguaje inculto de la montaña, usar las bromas picantes y gruesas de aquella gente. El no creía en redenciones ni educaciones por amor. ¿Era de La-Hoya? Pues que fuese siempre lo mismo, una montañesa, hermosa, acabada en lo físico, aunque en lo demás se mostrase ruda, arrebatada, falta de pulimento social.

Con esto empezó á caer Agustín en una degradación de maneras, de lenguaje, de gustos, que en él era dolorosísima. Todo el pueblo entendió al cabo los amores de Irene.... Algunas conversaciones sorprendió él que le irritaron. ¡Ah! ¡el pueblo soez, la canalla que se gozaba en la calumnia, el chisme, la porquería!....

Agustín tenía el orgullo de haber hecho sentir el amor á la niña con quien había jugado cuando pequeñuelo. Pero era incapaz de otra cosa. No se toleraría él una infamia....

Era difícil, eso sí, ir tras la luz sin llegar á quemarse. Pero él resistía valientemente....

No; que pudiera aquello concluir como había empezado. Un engaño de sentimiento, bueno; pero un abuso de confianza, de ningún modo.... ¡no podía ser!.... Agustín tenía aún miedo y vergüenza.

\* \* \*

El amor de Irene se manifestaba de otro modo, acorde con su temperamento ardiente y su educación pobrísima.

Casi todas las tardes (validos de aquella libertad de costumbres característica de La-Hoya) salían juntos, llevando detrás al señor Narciso ó á su mujer, dirigiéndose ya á las viñas del barranco, ya á las higueras del monte, ya por fin al río, en cuyas márgenes crecían hasta una veintena de almendros, repletos de fruta sazónada, con la piel abierta y mostrando el color oscuro de la cáscara interior. Allí, en pleno campo, fuera de las miradas del pueblo, se entregaban los dos jóvenes, bajo la descuidada vigilancia paternal, á todos los goces mudos de un amor que se oculta y con esto parece más apetitoso.

Las bromas y las caricias de Irene, eran siempre del mismo género. Al pasar por cual-

quier arroyuelo, no se olvidaba de mojar á Agustín con el agua fresca, aireada, saltona, que á él le parecía rocío magnífico de perlas líquidas. En cambio, Agustín la hacía rabiarse grandemente si tenían que vadear el río ó que saltar un margen de tierra labrantia, negándola la mano ó haciéndola caer, gozoso de aquellos enfados fingidos, con los que ella quería imponerse.

Si pasaban por junto á una era, la broma se renovaba con nuevo aspecto. Entonces era paja, una lluvia de paja lo que cubría el cuerpo de Agustín; é Irene reía estrepitosamente, al ver el cuidado que él ponía en librarse de aquel bautizo.

Al llegar á las viñas empezaban los juegos de otro modo. Era un tiroteo sin descanso de granos de uva arrancados sin piedad, tirados al menor descuido; y á veces, volvían los dos enamorados al pueblo sin haber comido nada, pero ostentando aquí y allá, en el peinado y en el sombrero, restos de aquel derroche de uva aplastada, pisoteada, que cubría el suelo como tapiz suave, sobre el que se deslizaban aquellas dos juventudes, ansiosas de movimiento, de vida y agitación.

Así visitaron todos los rincones de la montaña, todas las fuentecitas y huertas que antes

miraron indiferentes, y que ahora llenaban con sus gritos de alegría, su alocamiento delicioso.

Tenían cuidado de esquivar la compañía de otra persona que no fuese el padre ó la madre de Irene. Estos eran tolerantes, miraban sin desconfianza aquellos juegos de Irene y Agustín, porque habían visto crecer al «señorito» y le creían incapaz de un engaño cualquiera. Allá, allá, en lo más secreto de la mente del señor Narciso, como que hubo sus proyectos y se forjaron alianzas que le parecían muy bien.... Al fin y al cabo, Agustín era un chico, un chico de los que se entusiasman pronto.... y pudiera suceder....

Si á Irene acompañaba alguna amiga, los dos, de común y tácito acuerdo, se abstendían de dar rienda suelta á sus sentimientos. Entonces el paseo concluía mal; volvían tristes, apenados, como sintiendo un peso en el pecho, el peso de las palabras contenidas, de las confidencias calladas, que esperaban impacientemente su salida en aquellos párrafos que la pasión hacía elocuentes.

Pero si no venía amiga alguna, si les dejaban solos, entonces la vuelta era triunfal, algo así como la vuelta de Herman con Dorotea, rojas las caras de tanto hablar y agitarse, los

vestidos descompuestos, el cabello enmarañado y flotante. Volvían con las manos cogidas, ó llevando entre los dos una cesta y haciendo muy por lo bajo el resumen de la tarde, de las sorpresas, de la uva que se habían tirado, del agua que habían esparcido, persiguiéndose mutuamente. Retrasaban el paso, quedaban atrás, alargando el camino para alargar la expansión, hablando con medias palabras, risas y melancolías repentinas.

De pronto, cuando el señor Narciso ó su mujer les gritaban: ¡Vamos, vamos!—daban una corrida sin soltar la cesta, regando el suelo de frutas y hojas, y seguían su camino anhelantes, respirando afanosamente, sofocados por aquel modo de agitarse y hacer alarde de su fuerza de juventud.

Pero todo aquello concluyó de pronto, súbitamente, cuando menos lo esperaban.

En La-Hoya, las murmuraciones eran generales, y los padres de Agustín las conocieron á lo último.

En la *masta* hizo esto impresión dolorosa. La madre, aquella pobre madre que no gozaba de la compañía de su hijo, atraído casi siempre por otro cariño, se sintió herida al saber la causa del alejamiento de Agustín. Quiso llamarlo, amonestarle severamente; pe-

ro alguien se opuso á esta escena violenta que la buena señora no hubiera podido sostener hasta el final con igual energía. Nieves la quitó esta idea.

—No; deje usted obrar al abuelito.

Y el abuelito, efectivamente, con aquella serenidad que le caracterizaba, sin mostrar enfado ni alteración, quizá por sistema educativo que en él se atemperaba á las condiciones del educado, mandó arreglar la maleta de Agustín y luego le dijo estas solas palabras:

—Mañana te vas á casa.

—¿Y eso, papá?—preguntó él, temeroso de aquella orden repentina.

—Es preciso que vayas. Llevarás ordenes para los albañiles. Hay que arreglar el cuarto tocador antes de ir nosotros, y ya está muy avanzada la estación.

—¿Pero... volveré?—se atrevió á preguntar Agustín, de un modo que quiso hacer indiferente.

El padre titubeó un momento. Luego, siempre con la misma serenidad,

—En cuanto despaches, sí,—dijo.

Aquella tranquilidad desconcertó mucho á Agustín. No hubo disputa, ni riña, ni nada. Satisfecho en el fondo de aquella excursión á

la capital, no reparó el joven la aña gaza que encubría. «¡Ah, sí! Y que se alegraba él poco de hacer tal viajecito.... ¡Vaya! Como que había de traer á Irene.... ¿que le traería?... ¿Un pañuelo, un pañuelo bordado?... ¿una sortija?... ¿Qué se yo? Algo, en fin, algo que le gustase.»

Al montar en la diligencia, allá en el camino que pasaba á media hora del pueblo, llevaba Agustín la cabeza llena de ilusiones, figurándose ya su vuelta á La-Hoya, redoblado su afán de amor con la forzosa abstinencia, y cargado de regalos y de visiones nuevas, las nuevas visiones de la capital que contaría á Irene.

Mientras los accidentes del camino se lo permitieron, estuvo mirando aquel pliegue de la montaña, aquel vallecito donde estaba el pueblo, todavía en la sombra, pero rodeado de una nube blanquecina, la nube de humo de los hogares que subía recto y luego se extendía formando gasa ligerísima.

Una vez no más, por un segundo, miró á la *masía* que allá en lo alto, dominando al pueblo, ostentaba su masa enorme, como fatigada de vejez. Allí quedaba una madre á quien Agustín no recordaba en aquel momento, y también un corazoncillo joven que palpitaba á escondidas por aquel ingrato que solo

veía La-Hoya y en La-Hoya una casa, aquella, la de enfrente de la iglesia.... de la iglesia cuya torre iba ocultándose poco á poco, hasta que desapareció.

\*  
\*\*

Agustín no volvió á La-Hoya. A los dos días de su llegada á la capital, se le reunió toda la familia.

—La mamá.... la mamá que se había puesto enferma. Poca cosa, el estómago,.... los alimentos....

Agustín hubo de contentarse con estas explicaciones de su padre que continuaba con aquella serenidad, como si nada supiese.

Pero el chico comenzó á decaer, á estar triste y huraño, á disgustarse de cualquier cosa, notando á su lado el vacío de aquella vida activa, exhuberante, que se unía á la suya y le había hecho gozar con la expansión de energías que ahora estaban olvidadas, como muertas, faltas de ejercicio.

Entonces pensó mil locuras: escaparse de su casa, irse á La-Hoya, robar á Irene, casarse ocultamente.... Cualquier cosa con tal de salir de aquel infierno de deseos que no podían decirse, de tristezas que no podía él llorar en el hombro de la madre.

Estuvo tentado muchas veces de pedir permiso para volver á La-Hoya. Pero Agustín temía á su padre, encontrando en la mirada de éste algo que le traspasaba el pecho, como queriendo adivinar lo que sentía; y la petición quedaba en idea, muerta en los labios, sin atreverse á salir.

—¿Papá, me dejaría V. ir?... No, no lo diría él nunca.

Al fin, conoció que sus padres lo sabían todo.

Aquel silencio estudiado respecto de La-Hoya y las cosas de allí, aquellos monosílabos que contestaban á sus preguntas, á sus recuerdos de los meses pasados, le convencieron de que su amor estaba descubierto y de que le habían engañado, sí, le habían engañado atrocemente!

Se encerró en mayor mutismo, en mayor tristeza, gastando el tiempo, como quien tiene prisa por que corra, en lecturas larguísimas, ó sentado muy junto á su madre, reclinando la cabeza sobre los hombros de ella, como si le doliese mucho y allí buscase alivio, en aquella caricia muda.

Otras veces, bajaba al piso de su hermano y allí se estaba todo un día, bien en el despacho, bien jugueteando en el piano, y con frecuencia, sentado frente á Nieves, viéndola co-

ser en la máquina que volteaba veloz, ó contándole algo de sus libros, que eran siempre novelas pastoriles desde *Pablo y Virginia* ó *El idilio de un enfermo*.

Contaba muy despacio, mirando al suelo, como buscando las palabras con que expresar aquella nostalgia de La-Hoya que le producía gran sufrimiento.

Nieves le escuchaba atentamente, pero con cierto gesto de preocupación, comprendiendo lo que todo aquello quería decir. Cuando él, por un movimiento brusco, alzaba la cabeza y la miraba preguntándole:

—¿Qué te parece?

Ella contestaba, roja como una amapola y queriendo sonreír.

—Está bien, sí, está bien....

Ya no le llamaba tío. ¡Ah, no, aquello no cabía ya! Las bromas se habían concluido para no volver.

Y la pobre niña, criada en la sociedad de su padre y de sus abuelos (la madre murió, por desdicha, hacia ya tiempo), inclinada forzosamente al amor de aquel muchacho con quien había partido todas las alegrías y los pesares todos, tenía momentos tristes, bien tristes, llorando sus ilusiones muertas. Agustín no veía esto, encerrado en su egoísmo amoroso,

soñando á todas horas con Irene, Irene que allá en el pueblo le motejaría de ingrato, á él, que no tenía la culpa de aquello.

Pensó en escribirla... pero rechazó la idea al momento. ¿Para que se enterase el padre, eh? Y abandonando este plan, continuó en su muda desesperación.

A veces, su hermano, aquel Antonio tan infeliz que había perdido á su mujer á los pocos años de matrimonio, aparecía por la sala, y acariciando á su hija, á su Nieves, que era el fiel trasunto de aquella otra Nieves que se fué para no volver más á esta vida, decía, mirando las caras severas de los chicos:

—¿Pero qué teneis, estais tristes? Algo malo le habrás dicho á Nieves, Agustín, cuando la veo malhumorada.... Alguna patochada de las tuyas.

—No papá, no,—replicaba Nieves ruborizándose vivamente.—Es que me contaba una historia triste... una novela... de dos que se querían mucho y se murió uno.

La pobre niña se detenía de pronto, comprendiendo que así hería profundamente á su padre, que le estaba haciendo daño sin querer; y el manto de dolor volvía á caer sobre aquellos tres seres tan distintamente movidos á un mismo estado de ánimo.

## VI

Nadie diría que Nieves tenía diez y seis años.

Era alta, un poco delgada, pálida de color, de cuerpo elegantísimo, esbelto, con aquellos ojos azules, bien dibujados, que parecían mirar contantemente al cielo, como si allí buscasen la promesa de alguna felicidad misteriosa. Tenía la mirada del Norte, esa mirada, vaga, soñadora, llena de dulzura, que parece acallar todas las pasiones dándoles un tinte de delicadeza, un corte de sueño é idealidad. Cuando las pupilas subían hacia lo alto dejando al descubierto el blanco ligeramente azulado de la esclerótica, recordaba á aquellas vírgenes de la Edad media, modeladas con vaga y seductora idealidad.

Nieves hacía bien en mirar al cielo. Allí, en lo vago, en lo indefinido, en la conturbadora idea de lo infinito, tenía ella sus más queridas esperanzas.

Allí estaba, por allí debía de flotar el alma de aquella madre arrebatada en lo mejor de las caricias filiales; allí, sin límites ni fijación, como el espacio, se escondía aquel cariño de niña nacido inconscientemente, y ahora vi-

viendo de toda la vida de mujer, mujer nueva roto el capullo de crisálida; allí iban á unirse, con las nubes blancas ú oscuras, todas las melancolías de la juventud, todas las tristezas y sentimientos que, sin saber cómo, llenaban de pena, estremeciéndole, aquel corazón de diez y seis años.

No tenía Nieves á su lado nadie que la consolase en aquellos dolores. Unida á su padre aún abismado en la pena de la viudez, teniendo que regir la casa, que ser ama y directora de aquella vida de dos, su carácter se había formado muy pronto; tenía ya toda la energía de los veinte años con todas las vagas tristezas de la niñez.

En aquella situación, aferró todo su cariño á los solos dos puntos que fuera de su propia casa se ofrecían: sus abuelos y Agustín. Cuando ella nació, tenía Agustín seis años. Dió los primeros pasos llevada por él, y unidos jugaron mientras duró aquella edad de alegrías inconscientes.

Le habían dicho que era su tío; y Nieves, en medio de la franqueza de los niños, le tuvo cierto respeto, mirándole como algo superior, algo que valía más que ella. Después, las necesidades de la vida los separaron. Agustín comenzó sus estudios, trabó amistades, se hi-



zo como todos, ansioso de los oropeles del placer que el adolescente ve agrandado, como algo que es fin supremo y altísimo de la vida. Con esa tendencia tan natural al hombre, se fué separando de la casa, viviendo más con los amigos y los libros, deseando terminar la carrera para dedicarse por completo, con libertad, al disfrute de los goces que la sociedad ofrece.

Nieves sintió aquel alejamiento de ese modo íntimo que produce en la mujer el predominio del sentimiento sobre la idea. Se vió más sola, sin sospechar lo que significaba aquel vacío, y llenó sus ocios hablando con su abuela de Agustín, ese pícaro Agustín que gustaba más de ir al teatro que de pasar la velada con sus padres.

Y no es que no los quisiese. ¡Vaya si los quería! La pobre madre se rebelaba ante la presunción de que su hijo dejase de quererla.... Ahora, que el chico buscase la ocasión, era natural; cosa de los años....

Y tenía razón. Para Agustín quedaba siempre, allá en el fondo, el cariño hacia los padres, latente, pronto á mostrarse en cuanto fuese necesario. Respecto de su hermano, ¡oh, á ese le tenía un respeto! Y su sobrina.... ¡bah! una sobrina pálida, soñadora, casi romántica,

una sobrina en fin, es decir, una mujer de casa, fuera de combate.

Así pasó el tiempo hasta el verano aquel de La-Hoya. Entonces, á la simple idea del amor de Irene, que ella comprendió con esa perspicacia ingénita en la mujer, Nieves sintió que la pena del alejamiento de Agustín, el vacío que dejaba, era más que el vacío de un hermano, de un compañero de juegos que se va.

Entonces comenzó la lucha interna, aquel brotar vigoroso del amor escondido que quería salir y mostrarse á lo exterior: y los esfuerzos de la vergüenza, aquellas timideces de la esperanza muerta que volvían á encerrar el sentimiento rebelde.

Sin embargo, Nieves no desesperaba del todo. Resignada, paciente, aguardaba, no sabía por qué, algo inesperado que le trajese á su Agustín, que hiciese caer sobre ella la luz, mucha luz, para que él se fijase bien y viese lo que se le ofrecía. Por eso observaba tristemente aquella melancolía, aquella muda desesperación que se apoderó de Agustín en el destierro forzoso de La-Hoya.

Porque aquel deseo fogoso, aquella pasión del gusto que era pasión por una vida enérgica, ardiente, que se fundiese con la suya, se había trocado en algo más vago, menos de-

finido y con esto más poético, más lleno de ilusiones: las ilusiones de los veinte años que sueñan y divagan.

Aquel vivir de la idea, siempre en el punto del deseado cariño, aquella preferencia por las historias de amor que le recordasen el campo y la montaña, duró algún tiempo. Luego, decayó el ánimo, vinieron las aspiraciones sin contornos fijos, el amor que continuaba purificándose y al propio tiempo borrando la imagen de lo amado, poco á poco, quitando la persona y dejando el sentimiento, con ese mover instintivo del corazón de la juventud, que es *fiel al amor é infiel á los amores*.

En toda esta evolución, Agustín tuvo á su lado, solícita, cuidándole siempre sin que él se advirtiese de ello, á Nieves, que parecía rodearle de ternura, de esas pequeñeces de la mujer que ama y que atraen sin saber cómo, cual la luz á la mariposa.

Ella le escuchaba pacientemente las historias llenas de gemidos, de penas, á veces de latigazos febriles de la pasión ... Ella soportaba aquellas tiradas de versos que él decía instintivamente, sin oirse, sin sospechar que había alguien á su lado.... Cuando reflexionó un poco, pudo advertirse de todo aquello y sintió la gratitud.

—Es muy buena esa chica.... es muy buena.

Y no pasó de aquí.

Pero aquello le predispuso á otras cosas. Sin hablar una palabra, por movimiento espontáneo del corazón, depositó en ella su confianza, la creyó merecedora de conocer sus penas, y ¿quién sabe? de dar alivio á ellas, quizás de apagar aquella ansiedad, que en él era la última frase de la pasión que moría. Entonces se sintió más unido á Nieves, como un penitente á su confesor; y tranquilo, satisfecho de que le ayudasen á llevar la carga, porque él estaba seguro que ella le ayudaría, preparó el ánimo para una confianza, una de esas confianzas de la juventud en que á ciencia cierta no se sabe cuanto se va á decir, ni cómo se dirá.

## VII

Aquel día comió Agustín en casa de su hermano. Comieron en la antesala del despacho, ante la chimenea encendida, repleta de leña, llameante, que calentaba la habitación. Desde allí veían el jardín, donde la mujer de Antonio aguardaba en otro tiempo, jugando con la ni-

ña, á que su marido acabase las tareas del bufete.

La comida fué triste, como lo eran las personas de aquella casa. Antonio no se había quitado el luto del alma ni del vestido, siempre de negro, de riguroso negro, es decir, la falta de todo color... Nieves llevaba una bata de tono claro, sencilla, abrochada hasta el nacimiento del cuello; y por remate, sobre la garganta, cinéndola suavemente, una corbata de azul claro, el color de sus ensueños, el color que amaba más, el único por quien suspiró durante el luto de su madre! Aquel día, sus ojos de soñadora tenían más firmeza, lanzando toda su luz á intervalos sobre el rostro de Agustín, que comía en silencio, dándole vueltas á una idea que le torturaba sin darle punto de reposo.

A los postres les dejó solos Antonio. Se fué dentro, al despacho, para enterarse de unas cartas que le habían traído... Desde su mesa veía á Nieves, aquel recuerdo vivo de la mujer amada, triste con la tristeza de la muerte, que era ya la única alegría de Antonio... Comiendo los postres, el dulce de las monjas, la torta de manteca que había hecho Nieves, saboreando la copa de *chartreuse*, Agustín miraba á su sobrina... ¿qué sobrina?... no, á su

hermana, á su confidente que allí se le ofrecía con toda la solicitud de la mujer buena... Probó de todos los dulces, repitió las copas de licor como haciendo tiempo y buscando la manera de romper y decir lo que le acongojaba el pecho de puro atrapeado. Nieves también pensaba, pero era en su madre, uno de cuyos retratos, colocado en frente de la chimenea, se iluminaba á intervalos con el reflejo rojo de la leña hecha ascuas, consumida en llamas.

De pronto, haciéndose el distraído, como quien viene de repente á una idea que no es de mucha importancia, Agustín, chupando su cigarro para ocultar la turbación, llamó suavemente:

—¿Nieves?

Ella se estremeció al oír aquella voz temblorosa. Volvióse lentamente y mirándole cara á cara:

—¿Qué?—le dijo.

—Nada, mujer... que hablemos... No me pongas cara triste, hoy que estoy convidado. Porque tú estás triste, Nieves.

Ella se ruborizó vivamente, y mirando al fuego dijo, como si le brotasen las palabras contrarestando sus esfuerzos:

—Pues no, que tú...

—¡Ah, yo!—dijo Agustín.—¡Es verdad! Calló un momento, y luego, como siguiendo á un apuntador oculto:

—Sí,—añadió.—¡Tengo tantos motivos!... Tú no sabes los tropiezos de la vida... Tú, criada siempre entre cuatro paredes... Se sufre á veces mucho, pero mucho.

—¿Y eso?—preguntó Nieves queriendo echar á broma la cosa.

—¿Eso?—dijo él.—¿A qué preguntas si tú lo sabes mejor que yo, si has seguido paso á paso mis tristezas, si me has consolado en ellas infinidad de veces?

—¡Ah! murmuró ella, no sabiendo por donde escapar.—Pero yo creí que eso....

—¿Había concluido?—interrumpió Agustín.—Sí, casi.... Por un lado, concluido del todo. Pero queda algo, el vacío.... Mira, ahora te lo puedo contar todo; pasó el entusiasmo de la personalidad, y lo puedo ya decir sin alterarme.

Hablaban en voz baja, para no distraer á Antonio, que allá en el despacho continuaba la lectura de sus cartas, interrumpida á veces para dirigir miradas amorosas á su hija.

Agustín se echó de codos sobre la mesa, y bajando aún más la voz continuó:

—Yo no sé cómo vino aquello.... no te lo

puedo decir.... Lo trajeron quizás las circunstancias, el ardor de la sangre, y sin duda el aislamiento en que me encontré, sin otra mujer al lado, una mujer que me amase y me enloqueciera de amor....

Se interrumpió. ¡Ay Dios mío! ¡Qué cara, qué cara la de Nieves! Estaba roja, llena de fuego, de vida, mostrando en aquel chispear de ojos, algo que Agustín no había visto hasta entonces, algo que era como un desprecio y una lástima, á la vez, del ciego que no había reparado en lo que se le ofrecía fácil, y juntamente una petición de luz, mucha luz, para que advirtiera al fin lo que existía á su lado, lo que era potente y rebosaba hasta salir afuera, con la alegría feroz de un sentimiento reprimido, que al cabo puede expresarse.

## VIII

Para Agustín, aquella mirada fué una revelación. ¡Cuán claramente vió lo que hasta entonces, ciego, no había comprendido!

De repente, en el horizonte negro de su tristeza brillaba una luz, apartando nieblas, con torneando vigorosamente la figura de aquella mujer que era su salvación, y que era tam-